



S. PEDRO ARBUÉS, M.

su sagrado cuerpo lo cosieron en un seron, y lo echaron al rio Guadalquivir. Seis dias despues lo hallaron unos monges entero y sin corrupcion alguna y lo llevaron á S. Eulogio, quien dispuso que se le diese honrosa sepultura en la iglesia de Santa Eulalia que estaba en el barrio llamado Fragelas, que Feria conjetura ser el sitio donde ahora está (ó estaba pocos años hace) el convento de nuestra Señora de la Merced. D. Antonio Jimena da á entender que antiguamente hubo en Martos reliquias de nuestra Santa. Acaso las llevó el abad Sanson por los años 854 en que se retiró á Martos huyendo de la persecucion del obispo de Málaga Hortigesio, y el conde Servando. En octubre del año 1737 llevaron de allí á Córdoba una reliquia de la santa virgen, la cual se venera en la iglesia de S. Rafael. Hoy se celebra su fiesta en aquel obispado. Ha sido siempre grande la veneracion de los españoles á Sta. Columba.

No debe confundirse Sta. Columba de Córdoba con otra santa virgen y mártir del mismo nombre, natural de la ciudad de Sens en la provincia de Campaña en Francia, cuya fiesta se celebra el dia 31 de diciembre; Ambrosio de Morales prueba con poderosísimos fundamentos, que la de este dia padeció gloriosamente en Córdoba, lo que se demostró con toda claridad despues que se descubrieron las obras de S. Eulogio, de cuyos escritos se sacaron las lecciones del oficio eclesiástico de la Santa, que aprobadas por el papa Clemente VIII, se insertaron en el Breviario de la Iglesia de Córdoba.

SAN PEDRO ARBUÉS, MÁRTIR.

EL glorioso martirio de este Santo reúne en sí dos cualidades de suma complacencia y consuelo para los que tienen la dicha de profesar la religion cristiana, y el suficiente talento para meditar las ventajas que le resultan de semejante ventura. Entre las pruebas que quiso Dios dar de la autenticidad y santidad del Evangelio, no es de las menores, en fuerza y persuasion, la de tanto mártir que testificó con su sangre y la religion porque moria, tenia todos los caracteres de verdadera y divina. El amor que cada uno tiene á su propia existencia hace concebir que solo un motivo sobrenatural fué el que pudo mover á los mártires para dar gustosos su vida en defensa de las verdades que les habian enseñado. Así se autorizó en los principios una religion que combate derechamente todos los dictámenes de la carne y sangre, y así reciprocamente fué ensalzado el mérito de aquellos que la autorizaban. La misma conducta ha observado

nuestro Dios con los defensores de la religion, y de su inmaculada pureza, que practicó en los principios con sus primeros maestros y promulgadores. Quiso que el martirio autorizase el oficio sagrado de inquisidor, y al mismo tiempo que este santo empleo fuese materia para la sublime gracia del martirio. Todo se verificó en S. Pedro de Arbués, cuya vida es la siguiente:

Por los años del Señor de 1442, sobre año mas ó menos, fué el nacimiento feliz de Pedro para ilustre ornamento de su esclarecida familia, y gloria inmortal de la inquisicion de España. Epila, poblacion no muy distante de la ciudad de Zaragoza, en el reino de Aragon, tuvo la gloria de ser la patria de este portento de santidad, y columna de la fe. Sus padres Antonio Arbués y Sancha Ruiz eran de una de las mas ilustres familias del reino de Aragon, como que estaban emparentados con los condes de Aranda, y con otras casas de no inferior jerarquia. Pero la nobleza de la sangre merecia para con ellos menos estimacion que el timbre de la piedad cristiana que testificaban con sus obras. Por esta causa los primeros esmeros de su cuidado en orden á su hijo se emplearon en sugerirle las mas sólidas y sublimes ideas de la santa religion que habia profesado en el bautismo: Luego que Pedro fué capaz de recibir mayores instrucciones, le entregaron al cuidado de maestros hábiles y virtuosos, que formasen su corazon, no solo con las máximas que dictaba el honor, y eran propias del esplendor de su nobleza, sino tambien enseñándole el santo temor de Dios, que es el principio de la verdadera sabiduria. Estaban los maestros en su casa; y por tanto, el cuidado que éstos ponian en la educacion de Pedro se acrecentaba con la vigilancia de sus padres, quienes procuraron, ante todas cosas, cimentar en su corazon un ardentísimo amor á Jesu-
cristo crucificado, y una inclinacion á las cosas devotas y sagradas. El niño Pedro era la materia mas bien dispuesta para recibir las saludables impresiones de tan santa educacion. Su natural era dócil, su alma buena, su entendimiento despejado, su voluntad pronta á obedecer las mas mínimas insinuaciones, y por una constitucion dichosa con que le habia enriquecido el cielo, aborrecia naturalmente cuanto tenia apariencias de relajacion ó de vicio. Estas prendas amables le hicieron de un candor de costumbres tan apreciables, y de un modo de proceder tan racional y juicioso, que siendo todavía niño era respetado como un anciano. El Santo sabia granjearse este concepto, porque todo el tiempo que le dejaba libre el estudio de la gramática y letras humanas, le empleaba gustoso ya en rezos devotos, y ya en asistir á los templos á recrear su inocente alma en la celebracion de los misterios sagrados.

Instruido perfectamente en la latinidad, é imbuido en las máximas de la religion, y adornado de aquellas brillantes prendas, que dan tanto realce á la nobleza de la sangre, siendo ya de edad competente para los estudios mayores, determinaron sus padres enviarle á Italia para que emprendiese su estudio. Estaban persuadidos á que la educacion de los hijos no sale perfecta cuando éstos se crian con encogimiento, y sin otros conocimientos del mundo que los que pueden adquirir en la casa paterna. El cuidado con que desde los primeros años habian plantado las sacrosantas verdades de la fe, las máximas de piedad cristiana, y los sentimientos de honor, les daba suficiente seguridad de que en cualquiera parte que se estableciese su hijo jamás llegaría á desmentir la noble educacion que sus padres le habian dado. Con esta confianza, sabiendo que en Bolonia florecian las letras, y que eran enseñadas por los mas hábiles maestros que entonces tenia la Europa, no tuvieron dificultad en enviar allá á su hijo, como en efecto lo ejecutaron. La libertad que con este motivo consiguió Pedro viéndose enteramente apartado de la vista de sus padres, y dueño absoluto de todas sus acciones, no la empleó como otros jóvenes en diversiones propias de la edad, ni en disipar su espiritu con la relajacion y la holgazaneria: aplicóse al estudio con actividad tan asombrosa, que en breve tiempo mereció por sus progresos ser la gloria de sus maestros, la admiracion de sus condiscipulos, y el joven mas celebrado de toda la ciudad de Bolonia. Es verdad que estos admirables efectos se debian, no menos á la aplicacion con que estudiaba la filosofia, que á la integridad de sus costumbres. Sin embargo de ser aquella ciencia, segun entonces se estudiaba, muy espuesta á perder la tranquilidad del alma por sus reñidas disputas, siempre veian en Pedro tal moderacion en sus argumentos, y tal serenidad en su semblante, que al paso que se veian precisados á confesar la viveza de su ingenio, les causaba no menos admiracion la paz constante que reinaba en su alma, y la dulce armonia que conservaba con todos. Hecho dueño de los conocimientos filosóficos, recibió la láurea de maestro con increíble aplauso, sin que este nuevo grado sirviese para hinchar su corazon con la soberbia, sino mas bien para formar de él un medio con que ejercitarse en la humildad cristiana. Habia fundado en Bolonia Egidio Albornoz, arzobispo de Toledo, y cardenal de la santa iglesia de Roma, un insigne colegio, en el cual estableció dos plazas para estudiantes aragoneses, y habiendo vacado una de ellas, entró á su goce en el año de 1468. Ya anteriormente habia comenzado el Santo á estudiar la teología; y como en esta

ciencia encontraba conocimientos mas analogos á las piadosas disposiciones de su corazon , habia hecho en ella maravillosos progresos. Aumentáronse estos notablemente , ya con las sabias disposiciones y estatutos que prescribia el colegio para los ejercicios literarios , y ya tambien con el trato continuo con los doctos colegiales. Cinco años estuvo el Santo en el colegio , en cuyo tiempo llenó su alma de los mas sublimes conocimientos de la sagrada teologia. El estudio de las santas Escrituras era el objeto principal á que se dirigian sus miras ; porque en ellas encontraba unas palabras de vida , que al mismo tiempo que ilustran el entendimiento con sus luces , inflaman la voluntad con celestiales verdades. Al mismo tiempo que Pedro se ocupaba en estudiar la teologia , no echaba en olvido que la principal ciencia del cristiano es el amor y temor santo de Dios y el ejercicio de las virtudes para la santificacion de su alma. Su esmero en esto era tal , que le adquirió fama de virtuoso , tanto en su colegio como en toda la ciudad. El testimonio que dió de ello la universidad al tiempo de registrar en sus libros el grado de doctor que recibió en el dia 17 de diciembre de 1473 , es una prueba de que en las almas de los bolonienses habian hecho mas impresion las grandes virtudes de nuestro Santo , que sus grandes adelantamientos en la ciencia de la teologia. *Los multiplicados dones de virtudes*, dice el libro , *con que el Altisimo engrandeció la persona del maestro en artes y filosofia Pedro de Arbués*, etc. Esta espresion recomienda sumamente el mérito de S. Pedro , no tanto por la multiplicidad de sus palabras , como por haberla usado solamente en la anotacion de su grado.

Entre tanto la fama de sus heroicas virtudes no se limitaba á Bolonia , sino que cundia por España , estendiéndose por toda la Peninsula no solamente la estension y solidez de su sabiduría , sino el suavísimo olor de sus santas costumbres. Desearon por tanto los canónigos de la santa iglesia metropolitana de S. Salvador de Zaragoza tenerle en el número de sus individuos , y así le eligieron para una prebenda el dia 30 de setiembre del año de 1474. Era á la sazón aquel cabildo compuesto de canónigos reglares de la órden de S. Agustin , y presidia en aquella silla Juan de Aragon , hijo del rey Juan II. Esta eleccion adaptó mucho á los pensamientos desinteresados y tenor de santa vida que tenia Pedro , pues en la profesion de una regla tan santa como la de S. Agustin , se pronosticaba muchas medras para su alma. Aceptó el Santo la eleccion ; y habiendo tomado el hábito de canónigo reglar , de tal manera manifestó lo acertada que habia sido con sus santos ejemplos , que pasado el tiempo de la

probacion hizo profesion solemne en manos del doctor Miguel Ferrer , prior de aquella santa iglesia , en el año de 1476. En este nuevo estado se consideró el Santo como en un puerto seguro , que le libertaba de las borrascas del mundo , y le proporcionaba medios ciertos de arribar algun dia á la patria celestial , adonde se dirigian todos sus anhelos. Los santos ejercicios en que hasta entonces se habia ocupado por un particular genio de su alma , los consideraba ya como obligaciones de un estado perfecto. Afligia su cuerpo con ayunos continuos , maceraciones y disciplinas que le sujetaban á la razon. La fervorosa contemplacion de las grandezas de Dios y de los soberanos misterios de nuestra redencion era el alimento con que se recreaba su alma , adquiriendo de dia en dia nuevos grados de perfeccion. Todas sus acciones se presentaban como un espejo de la vida evangelica , y en ellas encontraba el tibio reprehension , y nuevos estímulos el fervoroso. Su fe era viva , firme y al mismo tiempo fecunda de santas obras. Los conocimientos que habia adquirido de las verdades reveladas , léjos de cebar una curiosidad vana y criminal , le servian de cimentar en su alma la fe libre de los engaños de la supersticion. De aquí nacia una esperanza firme en la divina misericordia , en la cual , y no en sus propios méritos , confiaba que le habia de conceder las eternas promesas. Por esto despreciaba con generosidad todos los bienes temporales , juzgándolos por despreciable basura en comparacion de ganar á Jesucristo. Ningun trabajo , por penoso que fuese , le era duro de llevar ; con igual ánimo sufría las enfermedades y persecuciones , dando fuerza á su espíritu la grande virtud de la esperanza. Pero en lo que mas sobresalió este grande varon fué en lo que debia sobresalir ; esto es , en la caridad , que es la reina de las virtudes. Amaba á Dios con tanta ternura , que no hallaba reposo en cosa ninguna criada sino solamente en lo que pertenecia al honor del Criador de todas ellas. Oraba frecuentemente , y era tal el amor que tenia á Jesucristo , y lo que se engolfaba en la contemplacion de sus divinas obras , que apenas le merecian la mas leve atencion las cosas del mundo. Solo se acordaba de él para atender al socorro de sus prójimos. Los pobres y necesitados encontraban en Pedro un padre benéfico , y un amigo fiel , que les consolaba en sus aflicciones y les socorría en sus necesidades. Pero las que mas cuidado le costaban eran las espirituales ; y así no omitia diligencia alguna para sacar del estado del pecado á los que veia mal entretenidos , llenando en esto todos los oficios de un verdadero cristiano , y todas las obligaciones de un digno sacerdote. En la observancia regular era exactísimo ,

siendo el primero en todas las observancias por mínimas que fuesen, y escitando con su puntualidad la desidia ó indiferencia de los que eran menos fervorosos.

Deseaba Pedro disfrutar á su salvo y tranquilamente del sosiego de que entonces gozaba para emplearse sin reserva, apartado de los ojos de los hombres, en todo género de virtudes. Pero estas en cierta manera le hicieron traicion; pues no pudiendo ocultarse por el brillante resplandor que despedían, hicieron tan grande su fama, que llegó á oídos de los reyes católicos, quienes desde luego le destinaron para uno de los empleos en que mas se interesaba la religion de Jesucristo. Empleaban á la sazón sus esmeros estos piadosos reyes en arrancar de España la secta de los mahometanos que la habían inundado, y la perfidia de los judíos que la tenían sojuzgada por medio del comercio. Todas las personas piadosas miraban con sumo dolor á la religion, prostituida por aquellos sacrilegos; pues constaba que recibían el bautismo para cumplir exteriormente con las leyes civiles, permaneciendo obstinadamente en la profesion de sus ritos respectivos. Para precaver tan grandes males solicitaron los reyes de Sixto IV, y despues de Inocencio VIII, sumos pontífices, que se erigiese en España el santo tribunal de la Inquisicion, por cuyo medio se atajase la perfidia de aquellos rebeldes, y se constituyese á los cristianos en un estado de seguridad contra sus asechanzas. Solicitud tan justa tuvo bien pronto todo el efecto deseado. Nombróse por inquisidor general al reverendo padre Fr. Tomás de Torquemada, varon de todas las prendas que requería tan grande empleo. Pero se necesitaban otros muchos varones virtuosos que tuviesen el zelo necesario para descubrir los reos contra la religion, y una invencible fortaleza para aplicarles el debido castigo, sin tener miedo ni á su multitud, ni á sus riquezas. Desde luego pusieron los ojos en S. Pedro de Arbués, cuya fama le acreditaba por uno de los sujetos sensatos que entonces tenía España. Hecha en él la eleccion, le hicieron saber cuán del agrado de Dios y de los reyes sería el que tomase sobre sí el cargo de inquisidor del reino de Aragón, y cuánto beneficio resultaría á la Iglesia de los oficios que en este empleo se prometían de su vigilancia y rectitud. Lo que para un ambicioso hubiera sido de suma complacencia por el estendido campo que se le ofrecía de ejercer su autoridad, fué para Pedro motivo de lágrimas y de una profunda consternacion. La verdadera virtud siempre está acompañada de una gran desconfianza de las propias fuerzas. Al paso que brillaban en Pedro todas las virtudes que requería un empleo tan augustó, y

que cuantos le conocían estaban bien persuadidos de esta verdad, el humildísimo Santo tenía formado de sí mismo tan bajo concepto, que se reputaba por absolutamente inepto para el oficio de inquisidor. Su humildad verdadera no hallaba en su persona ni la ciencia necesaria para juzgar en las arduas materias que pertenecían á la fe, ni las indispensables virtudes para poner en ejecucion sus sentencias y juicios. Escusóse cuanto pudo con los reyes; hizo humildes representaciones de su insuficiencia, solicitando le relevasen de un cargo en que peligraba la salvacion de su alma; pero los prudentes monarcas, que tenían anticipadamente noticias muy seguras de su grande suficiencia, y que sabían además que tanto es un sugeto mas digno para un empleo, cuanto mas se manifiesta exento del vicio de la ambicion, se empeñaron en que fuese inquisidor nuestro Santo, quien tuvo que ceder á tan soberanos empeños.

Si en los estados anteriores de su preciosa vida había manifestado ser un vivo dechado de todas las virtudes, mucho mas lo dió á conocer en el oficio de inquisidor. Sin aflojar un punto en el ejercicio de las virtudes privadas en que antes resplandecía con tan lucientes brillos, comenzó este grande varon á ejercer todas aquellas que eran necesarias para el desempeño de un cargo sumamente delicado por las materias que trata, y peligroso en las circunstancias de aquellos tiempos. Era prudentísimo al tiempo de oír las delaciones, suspendiendo su juicio hasta tanto que las pruebas acreditasen de reos ó sospechosos á los sujetos delatados. Conocía que la perversidad humana llega hasta el punto de prostituir la santa religion á los privados intereses, y hacer víctimas de la venganza ó el resentimiento las conductas mas inocentes, y los honores mas tersos y puros. Examinaba, velaba é inquiría con la mayor escrupulosidad todos los hechos y circunstancias de los delitos hasta tanto que se dejaba ver la verdad en todo su esplendor. Entonces colocaba á la justicia en medio del tribunal, y ella era la que dictaba sus decisiones. Jamás pudo contrastar su entereza ninguno de tantos medios como emplea el poder y la astucia, ó para paliar los crímenes, ó para libertarlos del debido castigo. Su alma se mostraba igualmente inflexible á las lágrimas de los abatidos, que á las amenazas de los soberbios y poderosos. La ley era para él una deidad que debía respetarse en todas las circunstancias, haciéndola sacrificio de los naturales movimientos del corazón. Por esta causa luego que se llegaba á probar completamente el delito, daba y hacia ejecutar la sentencia sin que las lágrimas de los que habían de padecer el último suplicio fuesen bastantes á ablandar su seve-

ridad, ni la desolacion que resultaba en las familias pudiese jamás hacerle ser injusto. Con la misma entereza oia las súplicas y empeños de los poderosos, y escuchaba las amenazas que tocaban á su propia vida. Fiel dispensador de la ley, prudente en todas las inquisiciones y diligencias previas á la sustanciacion de las causas, fuerte é invencible en las resoluciones justas, nunca perdía de vista el honor y gloria de Dios, la pureza de la religion santa, la estirpacion de los errores, el escarmiento de los contumaces y rebeldes, y el que se conservase pura, hermosa, sin arruga ni mancha la esposa de Jesucristo.

Este zelo y entereza de nuestro Santo produjo algunos castigos, principalmente de judíos ricos, que abusando de la libertad de un bautismo simulado, cometian todo género de abominaciones. Inmediatamente comenzaron á temblar aquellos á quienes acusaban sus conciencias de iguales delitos, y el temor les hizo adoptar todos los medios de destruir en sus principios un tribunal santo que les amenazaba con su ruina. Juntáronse en concilio muchos hebreos, y sacrificando gran suma de dinero, enviaron á Córdoba sus procuradores para que presentasen á los reyes inicuos informes que habia forjado su malicia. En ellos se contenia que el nuevo tribunal procedia con un rigor desmesurado; que cometia atentados contra las personas y familias; que privaba al reino de muchos vasallos útiles y laboriosos; y últimamente, que el nuevo establecimiento era capaz de producir alborotos y un trastorno y subversion universal en los católicos dominios. Pero los reyes, que se preciaban mas del título de católicos que les habia concedido la Silla apostólica por premio debido á la ereccion del santo tribunal, que el de conquistadores que habian conseguido por el valor de sus armas, despreciaron semejantes pretensiones, bien persuadidos á que nunca fueron las leyes ni la justicia de la aceptacion de los delinquentes. Esta resolucion dió nuevo vigor al tribunal, y empeñó mas vigorosamente á los inquisidores en el cumplimiento de sus funciones respectivas. S. Pedro prosiguió con mayor actividad el descubrimiento de los que estaban manchados de judaismo ó mahometismo, y á ejecutar en ellos la debida justicia. Habia muerto á últimos de enero del año de 1485 Fr. Gaspar Inglario, dominicano, que ejercia el oficio de inquisidor juntamente con san Pedro. Su muerte habia hecho recaer en éste todo el trabajo y funciones del tribunal, y al mismo tiempo le habia cargado de toda la odiosidad que llevaba consigo aquel ejercicio para con los enemigos de la religion. Juntándose éstos en privados conventiculos, trataron los medios de quitar de sobre sí la

carga de un tribunal que sus delitos y malignidad se les hacia intolerable. Los consejos de los malignos y perversos siempre juntan con la circunstancia de injustos la cualidad de crueles. Pensaron que quitando la vida á S. Pedro darian por el pié á la existencia del tribunal, y se libertarian de los horriblos suplicios con que diariamente les amenazaba, persuadiéndose neciamente á que la existencia del tribunal consistia en su vida, y á que la religion católica careceria de espíritus esforzados que osasen verter su sangre en defensa de la fe. Este horroroso consejo fué aprobado y confirmado en varias juntas, y solo les faltaba un asesino que le pusiese en ejecucion. Todo lo facilita aquel metal encantador á que sacrifican los hombres su sosiego, y con que compran sus delicias y sus delitos. Habia un hombre facineroso, llamado Juan de Labadía, acostumbrado á manchar sus manos con sangre humana en los frecuentes homicidios que habia cometido. A este perverso ofrecieron los judíos una cantidad de oro considerable con condicion de que quitase la vida violentamente al santo inquisidor Pedro de Arbués.

Una proposicion tan sanguinaria, y espuesta á las mas funestas resultas contra su propia vida, hubiera intimidado al hombre mas temerario; pero en este perverso se dispararon los temores con la fuerza del interés, cooperando un amargo resentimiento de que tenia su corazon poseido. Habia poco que el santo tribunal habia hecho un ejemplar castigo en una hermana suya, rea de delitos atroces y vergonzosos condenándola al último suplicio, que sufrió con horror y espanto de los que se sentian cómplices en su conciencia. Deseaba vengar la muerte de su hermana que él tenia por injusta; y presentándole la ocasion la satisfaccion de sus deseos, vestida de los atractivos del interés, no tuvo dificultad en encargarse del asesinato proyectado; y de allí adelante buscaba ocasion oportuna de verificarlo. No pudieron los judíos hacer estas determinaciones tan secretas, que no se trasluciesen de alguna manera. Noticiosos de ellas algunos amigos de S. Pedro, que conocian cuánto importaba su vida á la religion, y el inminente riesgo en que estaba, se fueron al Santo, le dieron cuenta de todo, é intentaron persuadirle á que cuidase mas de sí mismo. Propusieronle para esto que mitigase algun tanto el zelo con que hacia inquisicion de los rebeldes, y la severidad con que ejecutaba en ellos todo el rigor de la justicia; advirtiéndole, que si no lo hacia así, amenazaba muy pronto y sangriento fin á su vida. En un pecho menos fortalecido de la virtud que el de nuestro Santo, hubieran hecho impresion unos avisos que tanto interesaban á la conservacion de su vida; pero

esta era materia muy despreciable en la consideracion de Pedro, respecto de ejercer su ministerio con todo vigor y severidad. Prosiguió haciendo pesquisas y castigos como antes, y á los amigos que le amonestaron de su peligro, les respondió con mucha serenidad: *Que se cuidaba muy poco de cuantas maquinaciones pudiese intentar la perfidia de los apóstatas contra su vida; que nada tenia mas impreso en el corazon que el honor de Dios y la pureza de la doctrina de la Iglesia. Y que si últimamente Dios le hacia tanta misericordia que hubiese de ser la víctima que se sacrificase al odio de los infieles en defensa de la fe, suplicaba á su Señor Jesucristo que de un mal sacerdote que era se dignase hacerle un buen mártir, que era lo que él deseaba.*

Las obras confirmaron esta respuesta digna de la fortaleza de un pecho cristiano, porque de allí adelante se ocupaba con mas actividad en las funciones de su oficio, y solo pedía á Dios que abriese los ojos á los que maquinaban contra su vida, haciéndoles conocer las verdades adorables de la religion cristiana. Aunque se habia resignado perfectamente en las manos de Dios, en cuya confianza proseguia en la severa ejecucion de castigar á los apóstatas, su corazon no dejaba de anunciarle que estaba su fin muy cercano. Dispúsose con oraciones fervorosas, doblados ayunos y penitencias á esperar el término de su vida, y con una fortaleza invencible ejercia sin miedo ni temor los oficios de inquisidor. El perverso Juan de Labadía, encargado de asesinar á S. Pedro, para asegurar mejor el golpe, partió la ejecucion de su encargo y la suma de oro que habia recibido por precio de su delito con otros dos facinerosos como él, llamados Juan Esperán y Vital Durán. Estos inicuos hombres, despechados y resueltos á poner en ejecucion su maldad execrable, buscaban con ansia lugar y ocasion oportuna para verificarla. La misma virtud de Pedro se la presentó muy cómoda, pues teniendo precision por su empleo de vivir separado de los demás canónigos que habitaban cerca de la iglesia, acostumbra á conducirse á ella en varias horas del dia para adorar al Santísimo Sacramento, y dirigirle sus fervorosas oraciones. Consumia en esto todo el tiempo que le dejaban libre los precisos negocios de su oficio; de manera, que á pesar de estos era uno de los canónigos mas asistentes al coro, tanto de dia como de noche. Advirtiéronlo los asesinos, y que no habia noche, por tempestuosa que fuese, que no dejase de ir á cantar maitines en la iglesia; y así eligieron esta hora para verificar su atentado. El dia 14 de setiembre por la noche del año de 1485 fué el elegido para satisfacer la furia judaica. En esta noche se introdujeron los asesinos sin ser vistos

de nadie en la iglesia mayor, y se escondieron en lugares oportunos. Poco despues llegó el Santo adornado con los sagrados vestidos con que asisten los canónigos al coro, y antes de entrar en él fué á ponerse de rodillas delante del altar mayor, haciendo breve oracion al Santísimo Sacramento. Apenas habia comenzado á invocar el favor divino, dobladas las rodillas, levantados los ojos al cielo, cuando salieron de sus escondrijos los judíos malvados, y acometiendo al Santo primero Durán, y Esperán despues, le dieron tantos golpes y heridas con las espadas, que le dejaron por muerto. Al tiempo de ejecutar este delito tan atroz estaba el Santo pronúnciando aquellas palabras de la salutacion angélica: *Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre Jesus;* y en el coro cantaban aquel versículo del invitatorio: *Quadráginta annis,* etc. en que reprende la Iglesia diariamente la pertinacia judaica. Al tiempo de caer en tierra herido mortalmente, cuidando menos de su propia vida que del beneficio espiritual que le habia hecho la divina misericordia, prorumpió en estas palabras: *Alabado sea Jesucristo, pues muero por su santa fe.* Los sacrilegos asesinos, habiendo cometido el crimen detestable, quedaron tan aturdidos y horrorizados de su propio delito, que no hubieran podido huir si no les hubieran favorecido una tropa de cómplices que á empellones los echaron de la iglesia y los pusieron en salvo. Pero buscados despues con diligencia por la justicia eclesiástica y secular, fueron presos y ajusticiados con todo el rigor que merecia su horroroso delito.

Los canónigos que estaban en el coro, conmovidos por el ruido que habian hecho los que huian, acudieron y encontraron al Santo, que revolcado en su sangre cuidaba mas de dar á Dios gracias por haberle concedido el favor de hacerle sacrificio de su vida, que de su vida misma. Lleváronle á su casa, y manifestándole con lágrimas el grande dolor que les causaba su trágica y temprana muerte, el Santo lleno de tranquilidad los consolaba á todos, persuadiéndoles á que no sintiesen el fin de su vida, que era inevitable, sino que llorasen el horroroso delito de los enemigos de la fe, y mucho mas su rebeldia y pertinacia. Dos dias permaneció el santo inquisidor en su cama, unas veces consolando á los que le rodeaban, y otras pidiendo á Dios perdon para sus enemigos. Recibió los santos sacramentos con increíble fervor y devocion de su alma, y anegado en los sentimientos de la fe; esperanza y caridad, murió con la santidad que habia vivido el dia 17 de setiembre del referido año. Su muerte fué sentida de la iglesia de Zaragoza con las espresiones del dolor

mas intenso. Por espacio de tres dias no se celebraron los divinos oficios, y se cubrieron de negro los altares hasta que se purificó el templo de la violacion que habia padecido. Por espacio de un año siguieron iguales demostraciones de dolor, diciéndose el oficio divino con un canto fúnebre, al cual precedia el rezo del Miserere y algunas preces, puestos los canónigos de rodillas y acompañando la cruz, los ministros cubiertos los rostros con velos negros, y reconciliada la iglesia se trasladó á ella el sagrado cadáver para darle honorífica sepultura. A esta sazón quiso Dios manifestar la santidad de su siervo con un suceso portentoso. La sangre que se habia estendido por el pavimento de la iglesia al caer herido el mártir de Jesucristo se habia secado de manera, que refregándola con lienzo ó papel blanco, de ninguna manera quedaban teñidos de la mas minima señal; pero apenas entró el sagrado cadáver en el templo, cuando inmediatamente apareció toda la sangre líquida, hirviendo y tan caliente como si en aquel instante hubiera sido vertida. Conmóvióse el numeroso pueblo á vista del milagro; el capítulo cuidó de autenticarle por medio de notarios, y todos empaparon pañuelos en aquella preciosa sangre, guardándola por reliquia. La santidad de que habia tenido fama toda su vida, se hizo mas gloriosa y probada con el martirio. Los reyes católicos Fernando é Isabel le erigieron un suntuoso sepulcro de mármol, adonde se trasladó su cuerpo. Aumentándose despues por una parte la adoracion de los fieles, y por otra los milagros que Dios obraba en testimonio de su santidad, fué beatificado por Alejandro VII, en el dia 17 de abril de 1664.

SAN LAMBERTO, OBISPO Y MÁRTIR.

SAN Landeberto, llamado en los últimos siglos Lamberto, fué natural de Mastrich, y de una familia noble y rica, que habia sido cristiana en muchos descendientes. Su padre mandó que le instruyesen desde su infancia en sagrada doctrina, y despues le encomendaron á S. Teodardo para que perfeccionase su educacion. Este santo obispo habia sucedido á S. Remaolo I en el gobierno de sus dos grandes abadías de Malméd y Stabelo, y despues en la silla episcopal de Mastrich. Concibió éste tal estimacion á su santo pupilo que no perdonó diligencia en instruirle y educarle en las prácticas mas perfectas de la virtud cristiana. S. Teodardo en el año de 669 resolvió ir al rey Childberto II, que residia en Austrasia, en solicitud de una orden de este príncipe para la restitucion de las posesiones de su iglesia,

que habian sido usurpadas de algunas personas poderosas; pero fué asesinado en el camino por los que las habian usurpado, y descuartizado miembro por miembro en el bosque de Benalt cerca de Nemere, llamada desde entonces Spira. Es honrado como mártir en el dia 10 de setiembre. S. Lamberto fué electo para sucederle con consentimiento del rey Childerico, y el aplauso de toda la corte, donde el Santo era tenido en gran reputacion. Lamberto miró el cargo episcopal como un peso demasiado grande para sus hombros, como lo han hecho siempre los santos, y temblando siempre á vista de sus obligaciones se dedicó desde luego á desempeñarlas sin respetos humanos, implorando luz y fuerza de lo alto con oraciones humildes y continuas. Childerico II reinó primero en Austrasia, siendo á la sazón Vulfoada mayor de su palacio, mientras Teodorico III sucedió á su hermano Clotario III en Neustria y en Borgoña, en cuyo tiempo Ebroin usurpó tiránicamente la dignidad de mayor. Hizo tan detestable el reino de este príncipe la crueldad de este ministro, que sus vasallos le depusieron, viniendo de este modo á ser rey de toda Francia Childerico, porque Teodorico y Ebroin se hicieron monges ambos, el primero de S. Dionisio, el segundo de Luxeu; en cuya condicion consintieron ambos porque les fuesen perdonadas las vidas. El rey Childerico II, príncipe cruel y abandonado, fué depuesto en una conspiracion de sus nobles en el año de 673, el undécimo de su reinado; y Teodorico, su hermano, dejando el monasterio de S. Dionisio, fué vuelto á reconocer por rey de Neustria, y Dagoberto II hijo del rey Sigeberto, en Austrasia.

Esta resolucion la sintió Lamberto únicamente porque hasta allí habia sido muy favorecido de Childerico. El Santo fué echado de su silla y colocado en ella un tal Faramundo. Retiróse aquél al monasterio de Stabelo con dos solos de sus domésticos; y en el espacio de siete años que allí estuvo, obedeció la regla con la misma exactitud que pudiera el novicio mas escrupuloso. Un ejemplo bastará para manifestar con que sacrificio tan perfecto consagró su corazon al servicio de Dios conforme á la perfeccion de aquel estado. Habiéndose levantado una noche de invierno á rezar sus devociones, sucedió habersele caido la sandalia que era de palo, y hacer ruido. Oyólo el abad, y teniéndolo como quebrantamiento del silencio que debia observarse á aquella hora en la comunidad, le mandó al que hubiese sido causa de aquel ruido que se pusiese de rodillas á orar ante la cruz: esta era una que estaba al raso fuera de las puertas de la iglesia. Lamberto sin responder una palabra, ni descubrir quién era, dejó la vestimenta que iba á ponerse cuando hizo el ruido, y en los términos que